

ISSN: 3061-7103

Vínculos

Sociología, análisis y opinión

Año 7 ■ Núm. 14, Septiembre-Febrero 2027



Cuestiones sobre la teoría social

Revista semestral del Departamento de Sociología / División de Estudios Políticos y Sociales
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Universidad de Guadalajara

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Mtra. Karla Alejandrina Planter Pérez, RECTORA GENERAL

Dr. Héctor Raúl Solís Gadea, VICERRECTOR EJECUTIVO

Mtro. César Antonio Barba Delgadillo, SECRETARIO GENERAL

CENTRO UNIVERSITARIO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Lic. Dulce María Zúñiga Chávez, RECTORA

Dra. Rocío Calderón García, SECRETARIA ACADÉMICA

Lic. Abril Ashanty Ambríz Cárdenas, JEFA DE LA UNIDAD DE APOYO EDITORIAL

DIVISIÓN DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y SOCIALES

Mtro. José Alberto Galarza Villaseñor, DIRECTOR

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA

Dra. Andrea Celeste Razón Gutiérrez, JEFA DE DEPARTAMENTO

Vínculos. Sociología, análisis y opinión, Año 7, Núm. 14, septiembre-febrero 2027, es una publicación semestral editada por la Universidad de Guadalajara, a través del Departamento de Sociología de la División de Estudios Políticos y Sociales del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades. Av. José Parres Arias, 150, San José del Bajío. Edificio F, tercer piso, C.P. 45132. Zapopan, Jalisco, México. Teléfono: 333819-3300, ext. 23354. Correo electrónico: revistavinculos@hotmail.com. Editor responsable: Jaime Torres Guillén. Reserva de derechos al uso exclusivo 04-2012-042610503700-102. ISSN: 3061-7103 otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Diseño a cargo de Prometeo Editores, S. A. de C. V. Libertad #1457, Colonia Americana, Guadalajara Jalisco, C.P. 44160. Este número se publicó en septiembre de 2026 y está disponible en:
<http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/vinculos/index.htm>
<http://www.vinculossociologiaanalisisyopinion.cucsh.udg.mx/index.php/VSAO>

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

Vínculos. Sociología, análisis y opinión está incluida en los catálogos de revistas Latindex, LatinRev, Biblat/CLASE y SNPCyH



Director y editor

Jaime Torres Guillén

Comité Editorial

Héctor Raúl Solís Gadea
Celia del Palacio Montiel
Andrea Celeste Razón Gutiérrez
Paloma Villagómez Ornelas
Hugo Marcelo Sandoval Vargas
Carlos Rafael Hernández Vargas
Luis Rodolfo Morán Quiroz

**Asistente
de dirección**

Nidia Verónica Covarrubias Sánchez

**Secretario técnico
y Soporte plataforma web**

Francisco Tapia Velázquez

Consejo Editorial

Isabel Cristina Naranjo Noreña, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina; Antonio Luzón, Universidad de Granada, España; Silvia Carina Valiente, Conicet CIT Catamarca, Universidad de Catamarca, Argentina; Carlos Javier Maya Ambía, Centro de Estudios Japoneses, Universidad de Guadalajara, México; Luisa Martínez-García, Universidad Autónoma de Barcelona, España; Bruno Baronnet, Universidad Veracruzana, México; Mariana Passarello, Universidad del Noroeste de la Provincia de Buenos Aires, Argentina; Rafael Sandoval Álvarez, Universidad de Guadalajara, México; David Gómez-Álvarez, Universidad de Guadalajara, México; María del Carmen Ventura Patiño, El Colegio de Michoacán, México; Felipe Gaytán Alcalá, Universidad La Salle, México; Liliana Cordero Marines, Centro de Investigaciones sobre América del Norte, UNAM, México; Esteban Arellano García, Universidad de Guadalajara.

Comité Científico Internacional

María Patricia Fortuny Loret de Mola, CIESAS Peninsular, México; Göran Therborn, Universidad de Cambridge, Inglaterra; José Luis Grosso, Centro Internacional de Investigación PIRKA, Políticas, Culturas y Artes de Hacer, Colombia; Breno Bringel, Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Universidad del Estado de Río de Janeiro, Brasil; Jorge Alonso, CIESAS-Occidente, México.

Departamento de Sociología de la División de Estudios Políticos y Sociales del CUCSH, UdeG. Av. José Parres Arias núm. 150, San José del Bajío. Edificio F, tercer piso, C.P. 45132. Zapopan, Jalisco, México. Teléfono: 3819-3300, Ext. 23354.

La revista **Vínculos. Sociología, análisis y opinión** puede leerse en internet:

<http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/pperiod/vinculos/index.htm>

<http://www.vinculossociologiaanalisisyopinion.cucsh.udg.mx/index.php/VSao>

LA FRAGILIDAD DE LO SÓLIDO COMO DESAFÍO PARA
LA TEORÍA SOCIAL DEL SIGLO XXIDOI: <https://doi.org/10.32870/vsao.v7i14.7769>**Recibido:** 22/05/2026**Aceptado:** 14/07/2026IVÁN ARIEL VIERA³**Resumen**

El presente artículo de reflexión examina las transformaciones estructurales que enfrenta la teoría social contemporánea ante la mutación acelerada de las coordenadas que definieron la modernidad clásica. A partir de un diálogo crítico con la tradición sociológica y sus reconfiguraciones recientes, se argumenta que la teoría social del siglo XXI se encuentra ante una paradoja constitutiva: la proliferación de enfoques fragmentarios coincide con la exigencia de totalización que impone un capitalismo globalizado, financiarizado y ecológicamente depredador. Mediante una revisión de las propuestas de la sociedad del riesgo, la modernidad líquida, la aceleración social y las epistemologías del sur, se propone que la renovación teórica requiere superar tanto el nihilismo posmoderno como el universalismo abstracto, recuperando la vocación crítico-práctica que caracterizó a la teoría social clásica sin renunciar a la complejidad del presente. La

3. Licenciado en Enfermería y Epistemología. Especialista en Docencia Universitaria. Profesor en la Universidad Nacional de Rosario (UNR) y en la Universidad de Ciencias Médicas de Rosario, Argentina. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6322-2087>. Correo Electrónico: arielviera36@gmail.com

reflexión concluye que el desafío no radica en decretar la muerte de la teoría, sino en construir categorías a la altura de un tiempo que se deshace mientras intentamos pensarlo.

Palabras clave: teoría social; siglo XXI; modernidad; capitalismo contemporáneo; crítica social; epistemología.

Abstract

This reflection article examines the structural transformations facing contemporary social theory in light of the accelerated mutation of the coordinates that defined classical modernity. Through a critical dialogue with the sociological tradition and its recent reconfigurations, it argues that twenty-first-century social theory confronts a constitutive paradox: the proliferation of fragmentary approaches coincides with the totalizing demand imposed by a globalized, financialized, and ecologically predatory capitalism. By reviewing proposals such as risk society, liquid modernity, social acceleration, and epistemologies of the South, the article proposes that theoretical renewal requires overcoming both postmodern nihilism and abstract universalism, recovering the critical-practical vocation that characterized classical social theory without renouncing the complexity of the present. The reflection concludes that the challenge does not lie in decreeing the death of theory, but in constructing categories adequate to a time that dissolves as we attempt to think it.

Keywords: social theory; twenty-first century; modernity; contemporary capitalism; social critique; epistemology.

Introducción

Pensar la teoría social en el siglo XXI constituye una tarea tan urgente como desconcertante. Quienes nos dedicamos al oficio de interrogar lo social experimentamos una sensación paradójica: disponemos de un arsenal conceptual sin precedentes, heredero de más de dos siglos de

tradición sociológica, antropológica y política, y sin embargo la realidad parece escabullirse sistemáticamente de nuestras categorías. Algo en el presente se resiste a ser nombrado con las herramientas del pasado, como si el lenguaje teórico acumulado balbuceara ante mutaciones que no termina de aprehender.

Esta dificultad ha sido señalada por diversas voces en el debate contemporáneo. Anaya Montoya y Mora Heredia (2019) plantearon con precisión que la teoría social del siglo XXI enfrenta necesidades y posibilidades de mutación que no constituyen meras actualizaciones temáticas, sino transformaciones de fondo en sus presupuestos epistemológicos. No se trata simplemente de incorporar nuevos objetos —internet, inteligencia artificial, cambio climático, migraciones masivas— sino de preguntarse si los modos heredados de construir conocimiento sobre lo social resultan adecuados para una realidad que parece haber cambiado de naturaleza.

El presente artículo se inscribe en esa interrogación. Su propósito no es ofrecer respuestas definitivas —¿acaso podría alguien ofrecerlas en un tiempo que se caracteriza precisamente por la disolución de las certezas?— sino desplegar una reflexión sistemática sobre las condiciones, los obstáculos y las posibilidades de la teoría social contemporánea. La tesis que lo recorre es la siguiente: la teoría social del siglo XXI se encuentra tensionada entre la fragmentación de sus fundamentos y el vértigo de un mundo que, sin embargo, reclama ser pensado en su totalidad. La metáfora que proponemos —la fragilidad de lo sólido— alude precisamente a esta condición: aquello que la modernidad prometió como estable (instituciones, identidades, narrativas, proyectos) se revela hoy como inherentemente precario, y esa revelación constituye simultáneamente una amenaza y una oportunidad para la imaginación teórica.

Para desarrollar este argumento, el artículo se organiza en cuatro momentos. En el primero, se examina críticamente la herencia de la teoría social clásica, identificando tanto su potencia como sus límites para pensar el presente. En el segundo, se analizan las principales transfor-

maciones epocales que desafían los presupuestos heredados: la radicalización del riesgo, la licuefacción institucional, la aceleración temporal y el descentramiento epistémico. En el tercero, se revisan algunas propuestas contemporáneas de renovación teórica, atendiendo particularmente a sus aportes y sus puntos ciegos. Finalmente, se esbozan líneas de desarrollo para una teoría social a la altura de nuestro tiempo.

El legado y sus fisuras: ¿Qué nos queda de la teoría social clásica?

La teoría social que heredamos del siglo XIX y de la primera mitad del XX nació de una apuesta monumental: comprender la modernidad como proceso histórico total. Marx (1980) intentó descifrar la lógica del capital desentrañando sus mecanismos más íntimos de valorización; Durkheim se propuso fundar una ciencia de los hechos sociales que otorgara a la sociología el estatus de disciplina autónoma; Weber buscó comprender el proceso de racionalización que atravesaba todas las esferas de la vida occidental. Pese a sus diferencias irreconciliables, estos autores compartían un presupuesto que hoy aparece como profundamente problemático: la convicción de que era posible —y necesario— producir un conocimiento totalizante sobre lo social.

No se trata, desde luego, de incurrir en la arrogancia de juzgar a los clásicos desde una supuesta superioridad contemporánea. La potencia de aquellas teorías residía precisamente en su capacidad para vincular la indagación analítica con un diagnóstico epocal. Marx no se limitaba a describir el funcionamiento del capitalismo; mostraba que ese funcionamiento producía necesariamente formas específicas de alienación, explotación y conflicto. Durkheim no solo postulaba la existencia de hechos sociales; revelaba que la división del trabajo generaba formas históricamente novedosas de solidaridad y anomia. Weber no se contentaba con tipificar formas de dominación; advertía que la racionalización instrumental amenazaba con encerrar a la humanidad en una jaula de hierro.

Esta vocación totalizante —que Zeitlin (1986) reconstruyó magis-

tralmente al mostrar las conexiones entre ideología y teoría sociológica— era inseparable de un horizonte práctico. La teoría social clásica se concebía a sí misma como crítica, como herramienta para desnaturalizar lo existente y abrir posibilidades de transformación. Horkheimer (2007) lo formularía con precisión insuperable: la teoría crítica se distingue de la teoría tradicional por su interés emancipatorio, por su negativa a aceptar que el mundo tal como es constituye la única realidad posible.

Ahora bien, ¿qué vigencia conserva este proyecto en las primeras décadas del siglo XXI? La pregunta no es retórica. Durante las últimas décadas del siglo XX, el pensamiento posmoderno sometió a la teoría social clásica a un cuestionamiento radical. Se impugnaron sus pretensiones de universalidad —acusadas de encubrir un sujeto europeo, masculino y burgués que se presentaba subrepticamente como sujeto universal—; se denunció su complicidad con los dispositivos de poder que decía combatir; se señaló que sus grandes relatos emancipatorios habían desembocado, en el mejor de los casos, en la decepción, y en el peor, en formas inéditas de barbarie burocratizada.

La crítica posmoderna tuvo el mérito indiscutible de mostrar la contingencia histórica de categorías que la tradición sociológica presentaba como naturales o necesarias. Sin embargo, como ha señalado Boron (2000a), produjo también un efecto paralizante: al decretar la imposibilidad de todo conocimiento totalizante, dejó a las ciencias sociales sin herramientas para pensar procesos que, como el capitalismo global, operan precisamente a escala planetaria. La paradoja es notable: cuando el capital se unifica y homogeneiza como nunca antes, la teoría social renuncia a pensarlo como totalidad.

De Sousa Santos (1998) planteó esta dificultad en términos elocuentes al preguntarse por qué es tan difícil construir una teoría crítica en las condiciones contemporáneas. Su respuesta apunta a una crisis múltiple: crisis de los sujetos históricos que la teoría clásica identificaba como portadores de la emancipación (el proletariado industrial, los movimientos nacional-populares, la intelectualidad crítica); crisis de los

proyectos socialistas que orientaban la acción transformadora; crisis de la racionalidad que sustentaba la crítica como ejercicio cognitivo. El resultado es una teoría social que, en demasiadas ocasiones, oscila entre el tecnicismo inocuo y la celebración acrítica de la fragmentación.

Marcuse (1969, 2010) ya había anticipado este peligro al analizar la sociedad industrial avanzada. Su diagnóstico sobre el hombre unidimensional conserva una actualidad inquietante: lo que llamamos teoría social crítica puede devenir ella misma unidimensional si renuncia a la negatividad, si se limita a describir lo existente sin señalar sus contradicciones, si abandona la pretensión de pensar lo que podría ser. La jaula de hierro weberiana se ha vuelto, si seguimos a Marcuse, más sofisticada y confortable, pero no menos opresiva: el consumo, el entretenimiento y la tecnología, integran a los sujetos en un orden que neutraliza la protesta antes incluso de que esta pueda formularse.

¿Significa esto que debemos regresar acríticamente a los clásicos? Nada más lejos de nuestra intención. Como señaló Wallerstein (2001) en el informe de la Comisión Gulbenkian, las ciencias sociales requieren una reestructuración profunda que supere tanto la fragmentación disciplinaria heredada del siglo XIX como el universalismo abstracto que invisibilizó otras formas de conocimiento. El desafío no consiste en elegir entre el totalitarismo teórico de algunos marxismos dogmáticos y el nihilismo epistemológico de algunos posmodernismos; consiste en construir formas de totalización abiertas, reflexivas y atentas a su propia historicidad.

Un mundo que se deshace: Transformaciones epocales y sus desafíos teóricos

La teoría social del siglo XXI no enfrenta simplemente “nuevos temas” que añadir a una agenda preexistente. Enfrenta una mutación de las coordenadas mismas que definían lo social, lo político, lo económico y lo cultural. Como veremos a continuación, cuatro transformaciones resultan particularmente desafiantes para el instrumental categorial heredado.

La radicalización del riesgo

Beck (1998) acertó al diagnosticar que las sociedades contemporáneas se caracterizan por una producción sistemática de riesgos que desbordan los mecanismos modernos de cálculo y control. La novedad no reside en la existencia de peligros —todas las sociedades han convivido con amenazas— sino en que los riesgos actuales son fabricados por la propia dinámica tecnoeconómica. El cambio climático, las crisis financieras, las pandemias globales, la inestabilidad de los sistemas informáticos: todos ellos constituyen efectos colaterales del desarrollo, no accidentes externos a él.

Esta transformación tiene implicaciones profundas para la teoría social. En primer lugar, desdibuja las fronteras entre naturaleza y sociedad que la modernidad había establecido como condición de su empresa dominadora. La distinción cartesiana entre *res extensa* y *res cogitans*, que sustentó tanto el conocimiento científico como la explotación ilimitada del mundo natural, se revela hoy como insostenible. Los procesos que llamamos naturales están tan profundamente atravesados por la acción humana que ha dejado de tener sentido pensarlos como externalidades.

En segundo lugar, la sociedad del riesgo modifica los ejes del conflicto social. Junto a las desigualdades en la distribución de la riqueza —que persisten y se agravan— emergen desigualdades en la exposición a los riesgos. Sin embargo, como el propio Beck (2002) reconoció en sus conversaciones con Willms, la socialización de los riesgos no genera automáticamente solidaridades transformadoras. El efecto invernadero es democrático solo en apariencia: todos estamos expuestos, pero algunos disponen de recursos para protegerse mientras otros quedan a la intemperie.

En tercer lugar, la producción sistemática de riesgos erosiona la legitimidad de las instituciones modernas. El Estado, la ciencia, el mercado: todas estas instancias que prometieron seguridad y progreso aparecen como productoras de incertidumbre. La crisis de legitimidad que Crozier (1972) diagnosticó para las sociedades bloqueadas se

ha profundizado y extendido. No se trata ya de que las instituciones funcionen mal; se trata de que su funcionamiento mismo genera consecuencias que escapan a todo control democrático.

Licuefacción institucional y fragilidad de los vínculos

Si la modernidad sólida se caracterizó por la construcción de instituciones duraderas, la modernidad actual —que Bauman denominó líquida— se define por la disolución sistemática de esas estructuras. El trabajo, las relaciones afectivas, las identidades colectivas, las pertenencias políticas: todo aquello que prometía estabilidad se ha vuelto precario, provisional, revisable.

Lipovetsky (2008) captó agudamente una dimensión de este proceso al analizar el crepúsculo del deber. Las sociedades contemporáneas, sostiene, han sustituido la ética del sacrificio y la obligación por una ética indolora que privilegia la autorrealización individual. El resultado es un individuo liberado de ataduras tradicionales pero también desprovisto de los anclajes que otorgaban sentido a su existencia. La libertad se confunde con el consumo; la autonomía, con la adaptación flexible a las demandas del mercado.

Esta licuefacción plantea desafíos específicos a la teoría social. ¿Cómo pensar la estructura social cuando sus componentes parecen haberse vuelto gaseosos? ¿Cómo analizar las clases sociales cuando las trayectorias laborales se fragmentan y las identidades profesionales se diluyen? ¿Cómo estudiar el poder cuando este adopta formas cada vez más descentradas, reticulares y opacas? Castells (2002) ofreció herramientas valiosas al conceptualizar la sociedad red, mostrando que el poder en la era de la información se organiza en flujos antes que en instituciones. Pero incluso este potente aparato conceptual corre el riesgo de naturalizar la fluidez, de presentar como inevitable lo que es producto de relaciones de fuerza específicas.

La fragilidad de lo sólido no es, en efecto, un destino ontológico sino el resultado de transformaciones históricas concretas. Hobsbawm (1998, 2007, 2010) lo mostró con maestría en sus estudios sobre el largo

siglo XIX y el corto siglo XX: las revoluciones burguesas, la expansión del capitalismo industrial, la formación de los Estados-nación y las guerras mundiales fueron forjando un mundo que luego, en las últimas décadas, comenzó a deshacerse. La globalización financiera, la revolución informacional y la ofensiva neoliberal de finales del siglo XX aceleraron este deshacimiento. No hay nada natural en la precariedad contemporánea; es el producto de decisiones políticas, de correlaciones de fuerzas, de proyectos de clase que la teoría social tiene la obligación de desenmascarar.

Aceleración temporal y contracción del presente

Una tercera transformación que desafía a la teoría social contemporánea es la mutación de la temporalidad. Las sociedades modernas se constituyeron sobre una experiencia del tiempo lineal, progresiva y orientada al futuro. El progreso no era simplemente una ideología; era una estructura de la experiencia que organizaba las expectativas individuales y colectivas. El sacrificio presente se justificaba por la promesa de un futuro mejor; la acumulación de capital, por la perspectiva del crecimiento ilimitado; la disciplina laboral, por la expectativa de movilidad social ascendente.

Esta estructura temporal se ha quebrado. El futuro, que para la modernidad clásica era el horizonte de la esperanza y la planificación, se ha convertido en fuente de amenaza. El colapso ecológico, la inestabilidad financiera, la obsolescencia programada de las competencias laborales: el porvenir ya no promete redención sino catástrofe. Simultáneamente, el pasado pierde su capacidad de orientar la acción. Las tradiciones se desvanecen; las experiencias acumuladas por las generaciones anteriores resultan inútiles para un mundo que cambia a velocidad vertiginosa. El resultado es un presente hipertrofiado que lo absorbe todo.

Esta contracción del horizonte temporal tiene consecuencias teóricas de primer orden. La teoría social clásica se apoyaba en una concepción del tiempo que permitía distinguir estructura y coyuntura, proce-

sos de larga duración y acontecimientos efímeros. ¿Qué ocurre cuando la distinción misma entre lo estructural y lo coyuntural se desdibuja? ¿Cómo construir teoría cuando los fenómenos que pretendemos analizar mutan más rápido que nuestras herramientas conceptuales? Ana-ya Montoya y Mora Heredia (2019) captaron el núcleo del problema: la mutación no es un objeto externo que la teoría pueda contemplar a distancia; la teoría misma está atravesada por el proceso que intenta comprender.

Descentramiento epistémico y pluralidad de saberes

La cuarta transformación que queremos destacar es de orden epistemológico. La teoría social del siglo XXI ya no puede presuponer —como hicieron, en diversa medida, los clásicos del siglo XIX— que Europa y Occidente constituyen el centro desde el cual se produce el conocimiento válido y hacia el cual converge la historia universal. Los procesos de descolonización, las luchas de los pueblos indígenas, las migraciones masivas, la emergencia de potencias no occidentales y la crisis de legitimidad del universalismo abstracto han puesto en cuestión el eurocentrismo constitutivo de las ciencias sociales.

De Sousa Santos (2009) ha formulado este desafío en términos de una epistemología del sur. No se trata simplemente de incluir voces antes excluidas en un marco teórico que permanecería inalterado; se trata de reconocer que la exclusión de esos saberes no fue un accidente sino una condición de posibilidad del conocimiento moderno. La ciencia social se constituyó mediante lo que De Sousa Santos llama epistemicidio: la destrucción sistemática de formas de conocimiento que no se ajustaban a los criterios de validez establecidos por la modernidad occidental.

La propuesta de una ecología de saberes —saber convivir con conocimientos diversos sin jerarquizarlos a priori— resulta sugerente, pero no está exenta de dificultades. De la Garza Toledo (2020) ha señalado los riesgos de un relativismo que, en nombre del respeto a la diferencia, renuncie a la crítica. ¿Qué hacer cuando los saberes subalternos repro-

ducen relaciones de dominación? ¿Cómo articular el reconocimiento de la pluralidad epistémica con la necesidad de criterios compartidos para el debate democrático? No se trata de preguntas retóricas; son dilemas que atraviesan cotidianamente la práctica de las ciencias sociales en América Latina y en otras regiones periféricas.

Boron (2000b) ha planteado el problema en términos políticos ineludibles: una teoría social para el siglo XXI no puede limitarse a celebrar la diferencia; debe preguntarse por las condiciones que hacen posible la reproducción de la vida, por las estructuras que generan desigualdad y sufrimiento, por las relaciones de poder que bloquean la emancipación. La diversidad epistémica no puede convertirse en coartada para eludir el análisis de las determinaciones estructurales. El capitalismo, el patriarcado, el colonialismo: estos nombres designan totalizaciones reales que operan a escala planetaria y que ninguna epistemología puede disolver por decreto.

Propuestas contemporáneas: Entre la renovación y el extravío

El diagnóstico de las transformaciones epocales ha dado lugar a diversas propuestas de renovación teórica. Sin pretender exhaustividad, examinaremos cuatro líneas de desarrollo que consideramos particularmente significativas para el debate actual.

La apuesta por la complejidad

Morin (1990) propuso hace décadas un pensamiento complejo capaz de superar las dicotomías que, a su juicio, lastraban la tradición científica moderna: sujeto/objeto, naturaleza/cultura, orden/desorden. Su propuesta no buscaba añadir complejidad a un pensamiento simple, sino reconocer la complejidad inherente a lo real y desarrollar herramientas para pensarla sin mutilarla.

La apelación a la complejidad tiene hoy un atractivo indudable. En un mundo donde todo parece conectado con todo, donde las consecuencias no deseadas de las acciones se multiplican y donde las pre-

dicciones lineales fracasan una y otra vez, un pensamiento capaz de lidiar con la no linealidad, la emergencia y la autoorganización resulta tentador. Sin embargo, como ha señalado Galafassi (2006), la apelación genérica a la complejidad puede devenir una ideología que, bajo el ropaje de la sofisticación teórica, oculte las determinaciones estructurales y las relaciones de poder. No todo es complejo en el mismo sentido; no todas las conexiones tienen la misma relevancia. La teoría social del siglo XXI no puede conformarse con señalar que “todo está relacionado con todo”; debe ser capaz de jerarquizar, de distinguir lo principal de lo accesorio, de identificar las contradicciones que dinamizan los procesos históricos.

La teoría de sistemas

Luhmann (2002) llevó hasta sus últimas consecuencias la apuesta por pensar la sociedad como sistema. Su monumental edificio teórico — probablemente el último gran intento de producir una teoría general de lo social— se caracteriza por un nivel de abstracción que desconcierta a quienes se acercan a él con expectativas de crítica social. Para Luhmann, la sociedad moderna se caracteriza por la diferenciación funcional: subsistemas como la economía, la política, el derecho, la ciencia o la educación operan según lógicas autorreferenciales que ningún centro puede controlar.

La teoría de sistemas ofrece descripciones potentes de fenómenos contemporáneos. La opacidad de los mercados financieros, la ineficacia recurrente de las intervenciones políticas, la crisis de legitimidad de las instituciones: todo ello puede ser iluminado desde el instrumental luhmanniano. Sin embargo, su potencia descriptiva tiene como contrapartida una renuncia a la crítica. Al presentar la diferenciación funcional como un hecho evolutivo inevitable, la teoría de sistemas naturaliza lo existente y bloquea la posibilidad de imaginar alternativas. La sociedad moderna simplemente es como es; pretender transformarla desde un punto de vista privilegiado constituiría una recaída en la metafísica de la subjetividad que la propia teoría se encarga de desmontar.

¿Puede una teoría social a la altura de nuestro tiempo conformarse con describir la complejidad sin interrogar sus condiciones de posibilidad y sus efectos de dominación? La pregunta no es meramente académica. En un mundo donde la desigualdad alcanza niveles obscenos, donde la crisis ecológica amenaza la continuidad de la vida humana y donde las guerras se multiplican, una teoría que renuncia a la crítica se convierte, lo quiera o no, en cómplice de lo existente.

La renovación del marxismo latinoamericano

Frente a las tendencias que naturalizan el orden existente, la tradición marxista ha intentado mantener viva la vocación crítica de la teoría social. En América Latina, esta tradición experimenta un proceso de renovación que merece atención. Cortés (2015) ha reconstruido la figura de José Aricó como ejemplo de un marxismo abierto, atento a las especificidades históricas, dispuesto a dialogar con otras tradiciones sin renunciar a la centralidad de la crítica del capital. No se trata de repetir fórmulas acuñadas en el siglo XIX, sino de reactivar la potencia analítica y política del marxismo para pensar realidades que Marx no pudo anticipar.

Torres (2020) ha coordinado un volumen colectivo que constituye un excelente muestrario de esta renovación. Araujo (2020) propone una estrategia audaz: olvidar la modernidad como categoría organizadora de las ciencias sociales latinoamericanas, despejando así el camino para pensar procesos que el concepto de modernidad —con su teleología implícita y su eurocentrismo constitutivo— ha invisibilizado. Brachet-Márquez (2020) desarrolla una propuesta teórica interinstitucional para abordar la formación del Estado en América Latina, mostrando que las categorías acuñadas para el caso europeo resultan insuficientes. Bringel (2020) ofrece una lectura histórico-teórica de los movimientos sociales que supera tanto el economicismo como el culturalismo. Calderón (2020) analiza la inserción de América Latina en la globalización desde una perspectiva atenta a la agencia de los actores subalternos.

Estos trabajos comparten un rasgo que nos parece fundamental: no renuncian a la totalización, pero la practican de manera reflexiva, conscientes de los peligros que entraña. Totalizan desde abajo, desde las luchas concretas, desde los procesos históricos situados. No postulan leyes universales, sino que construyen generalizaciones ancladas en el análisis de realidades específicas. No oponen la estructura a la agencia, sino que indagan las condiciones bajo las cuales los sujetos colectivos pueden transformar las estructuras que los constriñen.

¿Epistemologías del sur o teoría crítica global?

La propuesta de De Sousa Santos (2009, 2012) ha generado un intenso debate en las ciencias sociales latinoamericanas. Su llamado a una epistemología del sur apunta a visibilizar saberes producidos en los márgenes del sistema-mundo, saberes que la ciencia moderna descalificó como superstición, folclore o ideología. El objetivo no es sustituir una jerarquía por otra, sino construir una ecología de saberes donde diversos conocimientos puedan dialogar sin que ninguno pretenda erigirse en juez supremo.

De la Garza Toledo (2020) ha formulado objeciones que consideramos atendibles. Su crítica no impugna la necesidad de reconocer la diversidad epistémica, sino que señala las aporías de un planteamiento que, llevado al extremo, haría imposible la crítica. Si todos los saberes son igualmente válidos, ¿con qué criterios podríamos oponernos a saberes que legitiman la dominación? Si renunciamos a la pretensión de verdad, ¿cómo distinguir el conocimiento del engaño?

La cuestión no admite soluciones simples, pero quizás podamos formularla en términos que eviten tanto el universalismo imperial como el relativismo paralizante. La teoría social del siglo XXI no necesita abandonar la pretensión de verdad; necesita reconocer que la verdad se construye en condiciones históricas, sociales y culturales específicas, que está siempre situada y que ninguna posición de enunciación puede reclamar un acceso privilegiado a lo real. Esto no conduce al relativismo; conduce a una concepción de la objetividad como proceso

intersubjetivo, como construcción colectiva sometida a criterios públicos de validación.

Piovani (2018) ha ofrecido herramientas valiosas para pensar la reflexividad en la investigación social. Su propuesta no convierte la reflexividad en un fin en sí mismo —como ocurre en algunas versiones del giro posmoderno— sino que la entiende como un recurso para mejorar la calidad del conocimiento. Ser reflexivo no significa renunciar al conocimiento objetivo; significa estar atento a las condiciones de su producción, a los sesgos que introduce la posición del investigador, a los efectos que la investigación produce sobre aquello que investiga.

Hacia una teoría social a la altura de nuestro tiempo

Llegados a este punto, es necesario ensayar algunas respuestas a la pregunta que ha guiado nuestra reflexión: ¿qué significa construir teoría social en el siglo XXI? No ofreceremos un programa —la teoría no se legisla, se practica— sino un conjunto de orientaciones que, a nuestro juicio, podrían contribuir a una renovación teórica a la altura de los desafíos contemporáneos.

En primer lugar, la teoría social del siglo XXI necesita recuperar la ambición totalizante de los clásicos sin reproducir sus lastres metafísicos. El capitalismo contemporáneo es un sistema mundial que opera como totalidad concreta; renunciar a pensarlo en su conjunto equivale a condenarse a la irrelevancia. Pero esta totalización no puede realizarse desde un punto de vista abstracto que pretenda abarcarlo todo desde fuera. Debe construirse desde dentro, desde los procesos concretos en los que el capital se despliega y encuentra resistencias. La totalidad no es un dato previo que la teoría refleja; es una construcción que la teoría produce al mostrar las conexiones entre fenómenos aparentemente dispersos.

En segundo lugar, la teoría social del siglo XXI debe ser capaz de articular el análisis estructural con la atención a la agencia. Durante demasiado tiempo, las ciencias sociales oscilaron entre el estructuralismo —que disolvía los sujetos en las estructuras— y el subjetivismo

—que disolvía las estructuras en las percepciones de los sujetos—. La falsa alternativa puede superarse si entendemos que las estructuras no son cosas sino relaciones sociales cristalizadas, y que los sujetos no son entidades preexistentes sino que se constituyen en y por esas relaciones. Los movimientos sociales contemporáneos —feministas, ecologistas, indígenas, antirracistas— muestran que la agencia colectiva es posible incluso en condiciones estructurales adversas. La teoría tiene la tarea de comprender las condiciones que hacen posible esa agencia y los límites que encuentra.

En tercer lugar, la teoría social del siglo XXI tiene que asumir el desafío de la pluralidad epistémica sin renunciar a la crítica. No se trata de decretar que todos los saberes valen lo mismo, sino de reconocer que el conocimiento es una producción situada y que la ciencia moderna no tiene el monopolio de la verdad. Esto no conduce al relativismo si aceptamos que los saberes pueden ser evaluados por su capacidad para comprender lo real, por su fecundidad para orientar la acción y por su apertura al escrutinio público. La ciencia social no es un saber como cualquier otro —tiene métodos, tradiciones, criterios de validación— pero tampoco es un saber superior a los demás. Es un saber entre otros, con potencialidades y límites que la teoría tiene la obligación de explicitar.

En cuarto lugar, la teoría social del siglo XXI necesita repensar la relación entre conocimiento e intervención. La tradición crítica insistió en que la teoría debía estar al servicio de la emancipación. Esta vocación sigue siendo necesaria —quizás más que nunca— pero debe ser reformulada en condiciones donde los sujetos de la emancipación ya no son evidentes. ¿Quiénes son hoy los portadores del proyecto emancipatorio? ¿La clase trabajadora, como sostuvo el marxismo clásico? ¿Los movimientos sociales, como proponen algunas teorías contemporáneas? ¿Los pueblos indígenas, como sugieren las epistemologías del sur? ¿O acaso la pregunta misma por un sujeto privilegiado está mal planteada y debemos pensar la emancipación como articulación contingente de luchas diversas? La teoría no puede responder a estas

preguntas desde el gabinete; solo puede hacerlo en diálogo con las luchas realmente existentes, aprendiendo de ellas y ofreciéndoles herramientas para su desarrollo.

Por último, la teoría social del siglo XXI tiene que cultivar la reflexividad sin caer en la parálisis. Saber que nuestro conocimiento es situado, que nuestras categorías tienen historia, que nuestras pretensiones de verdad están atravesadas por relaciones de poder: todo esto es indispensable para una práctica teórica lúcida. Pero la reflexividad no puede convertirse en un fin en sí mismo, en una espiral interminable de autovigilancia que impida decir nada sobre el mundo. La teoría social no puede limitarse a deconstruir sus propios presupuestos; tiene que aventurar hipótesis, proponer interpretaciones, arriesgar diagnósticos. La parálisis reflexiva es el lujo de quienes pueden permitirse no intervenir en el mundo; para quienes estamos atravesados por sus contradicciones, la teoría sigue siendo una necesidad práctica.

Conclusiones

La fragilidad de lo sólido —la metáfora que da título a este artículo— nombra la condición paradójica de la teoría social contemporánea. Lo que la modernidad prometió como estable se ha revelado precario; lo que se presentaba como necesario se ha mostrado contingente; lo que aspiraba a la eternidad se descubre fechado. Pero esta fragilidad no es solo un déficit; es también una oportunidad. Al desnaturalizarse, las instituciones, las identidades y las narrativas modernas se abren a la interrogación y a la transformación.

La teoría social del siglo XXI puede aprovechar esta apertura si renuncia tanto a la nostalgia de fundamentos absolutos como a la celebración cínica de la intemperie. No se trata de añorar las certidumbres perdidas —los grandes relatos, los sujetos privilegiados, las teleologías tranquilizadoras— sino de aprender a pensar en la incertidumbre sin renunciar por ello a la crítica. Se trata, en fin, de construir una teoría que esté a la altura de un tiempo que se deshace mientras intentamos comprenderlo.

Las tradiciones que hemos revisado —la teoría crítica, el marxismo renovado, la epistemología del sur, la sociología reflexiva— ofrecen recursos para esta tarea, siempre que las abordemos sin fetichismos ni dogmatismos. Ninguna de ellas contiene la verdad; todas pueden contribuir a su búsqueda si las ponemos a dialogar entre sí y con las realidades que pretenden iluminar. La teoría social no necesita nuevos profetas; necesita artesanos dispuestos a trabajar con los materiales disponibles, conscientes de que el resultado será siempre provisional y perfectible.

El siglo XXI es joven aún. Lo que hagamos con él —también en el terreno de la teoría— está por decidirse. La historia no ha terminado, como pretendieron los apologistas del capitalismo triunfante. Sigue abierta, sigue siendo un campo de batalla donde se disputan sentidos, proyectos y formas de vida. La teoría social tiene un papel que jugar en esa disputa: no como juez imparcial ni como vanguardia iluminada, sino como participante comprometida que ofrece herramientas para comprender lo que ocurre y para imaginar lo que podría ocurrir. Ni más, ni menos.

Bibliografía

- Anaya Montoya, L. y Mora Heredia, J. (2019). La teoría social del siglo XXI: necesidades y posibilidades de mutación. *Andamios*, 16(40), 85-106. <https://doi.org/10.29092/uacm.v16i40.698>
- Araujo, K. (2020). Una estrategia para las ciencias sociales: Olvidar la modernidad. En E. Torres (ed.), *Hacia una renovación de la teoría social latinoamericana* (pp. 229-247). CLACSO.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Paidós.
- Beck, U. (2002). *Libertad o capitalismo. Conversaciones con Johannes Willms*. Paidós.
- Boron, A. (2000a). *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. CLACSO.
- Boron, A. (2000b). ¿Una teoría social para el siglo XXI? *Estudios*

- Sociológicos*, XVIII(2), 459-478.
- Brachet-Márquez, V. (2020). Formación del Estado en América Latina: Una propuesta teórica interinstitucional. En E. Torres (ed.), *Hacia una renovación de la teoría social latinoamericana* (pp. 185-208). CLACSO
- Bringel, B. (2020). Movimientos sociales y realidad latinoamericana: Una lectura histórico-teórica. En E. Torres (ed.), *Hacia una renovación de la teoría social latinoamericana* (pp. 209-227). CLACSO.
- Calderón, F. (2020). La Kamanchaka y la Latinoamérica global. En E. Torres (ed.), *Hacia una renovación de la teoría social latinoamericana* (pp. 57-74). CLACSO.
- Castells, M. (2002). *La era de la información. Vol. I: La sociedad red*. Siglo XXI.
- Cortés, M. (2015). *Un nuevo marxismo para América Latina: José Aricó: traductor, editor, intelectual*. Siglo XXI.
- Crozier, M. (1972). *La sociedad bloqueada*. Amorrortu.
- De la Garza Toledo, E. (2020). ¿Epistemologías del Sur? Crítica de la epistemología de Boaventura de Sousa Santos. En E. Torres (ed.), *Hacia una renovación de la teoría social latinoamericana* (pp. 249-263). CLACSO.
- De Sousa Santos, B. (1998). ¿Por qué es tan difícil construir una teoría crítica? *Zona Abierta*, (82-83), 219-254.
- De Sousa Santos, B. (2009). Una epistemología del sur. CLACSO / Siglo XXI.
- Galafassi, G. (2006). Cuando el árbol no deja ver el bosque. Neofuncionalismo y posmodernidad en los estudios sobre movimientos sociales. *Theomai*, (14), 37-58.
- Hobsbawm, E. (1998). *La era del capital, 1848-1875*. Crítica.
- Hobsbawm, E. (2007). *La era de la revolución, 1789-1848*. Crítica.
- Hobsbawm, E. (2010). *Historia del siglo XX*. Crítica.
- Horkheimer, M. (2007). *Crítica de la razón instrumental*. Terramar.
- Lipovetsky, G. (2008). *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los*

nuevos tiempos democráticos. Anagrama.

Luhmann, N. (2002). *Introducción a la teoría de sistemas.* Universidad Iberoamericana.

Marcuse, H. (1969). *La sociedad industrial y el marxismo.* Quintaria.

Marcuse, H. (2010). *El hombre unidimensional.* Ariel.

Marx, K. (1980). *Teorías sobre la plusvalía.* Fondo de Cultura Económica.

Morin, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo.* Gedisa.

Piovani, J. I. (2018). Reflexividad en el proceso de investigación social: entre el diseño y la práctica. En J. I. Piovani y L. Muñiz Terra (coords.), *¿Condenados a la reflexividad? Apuntes para repensar el proceso de investigación social* (pp. 77-95). Biblos / CLACSO.

Torres, E. (ed.). (2020). *Hacia una renovación de la teoría social latinoamericana.* CLACSO.

Wallerstein, I. (coord.). (2001). *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales.* Siglo XXI.

Zeitlin, I. (1986). *Ideología y teoría sociológica.* Amorrortu.